

# Juan Pablo II invita a los alemanes a desterrar los excesos del nacionalismo

## El Papa empezó ayer su primera visita a la Alemania unida

Berlín. José Manuel Costa

El Papa Juan Pablo II comenzó ayer una visita de dos días y medio a Alemania. Es la tercera del Pontífice a este país y la primera a la Alemania unida tras la caída del Muro. A lo largo de la misma, el Papa participará en un acto ecuménico en Paderborn y el domingo celebrará la misa en el Estadio Olímpico de Berlín. En ella proclamará beatos a los sacerdotes Bernhard Lichtenberg y Karl Leisner, mártires del nazismo.

El Papa Juan Pablo II llegó ayer por la tarde a Alemania y fue recibido por el presidente alemán, Roman Herzog, como el hombre que por su cargo y persona contribuyó a la caída del telón de acero.

El avión en el que viaja el Pontífice aterrizó hacia las 19.00 hora local en el aeropuerto de Paderborn (centro de Alemania), la primera de sólo dos escalas de un viaje de cincuenta horas que le llevará el sábado a Berlín.

Una buena parte de los movimientos de liberación del este de Europa encontraron en Su Santidad apoyo y ayuda, destacó Herzog, que había acudido desde Bonn para dar la bienvenida al Papa.

El Papa Juan Pablo II dirigió un mensaje al pueblo alemán, en vísperas de su tercera visita pastoral a ese país, aunque la primera tras su reunificación, en el que calificó a la Puerta de Brandeburgo de símbolo de la reconquistada unidad de Europa.

Sin duda, el acto que más interés político ha suscitado es la visita a la Puerta de Brandeburgo y los restos del Muro, que dividió durante décadas la Berlín libre y occidental de la comunista oriental, con la que concluirá el viaje.

Berlín fue oficialmente dividida a finales de 1948. En 1961, y para evitar la fuga de alemanes a Occidente a través de la zona oeste berlinesa, el régimen comunista de la República Democrática Alemana, proclamada oficialmente el 7 de octubre de 1949, levantó el Muro de Berlín, una barrera de 46 kilómetros reforzada con alambre espinoso.

Esta barrera, abatida el 9 de noviembre de 1989 tras la masiva manifestación de cuatro días antes, constituyó durante cuatro décadas el símbolo de la división del mundo en dos bloques ideológicos irreconciliables, y para la Iglesia fue el límite entre la libertad y la opresión, pues justamente en 1949 llegó a su máxima intensidad la represión religiosa en los países comunistas.

La Iglesia saludó, en la caída del Muro de Berlín, el fin de la era de totalitarismo y de la opresión de los derechos humanos en media Europa.

Pero la guerra en la ex Yugoslavia, el único país comunista en el que la recuperación de las libertades se ha pagado con un elevado precio en víctimas, trajo la triste realidad de los enfrentamientos seculares en el viejo continente.

El Papa, que durante los años del Muro defendió, como buen polaco, el derecho de las patrias, y reivindicó el nacionalismo sano frente a los excesos del totalitarismo eliminador de las identidades nacionales, criticó al mismo tiempo los nacionalismos exacerbados, que dieron origen a las dos grandes guerras así como a la de la ex Yugoslavia.

En mayo de 1995, cuando la paz en Bosnia era incipiente, Juan Pablo II escribía en su mensaje con ocasión del L aniversario del final en Europa de la II Guerra Mundial, que por desgracia el final de la guerra no ha lle-

vado a la desaparición de las políticas y de las ideologías que la habían generado o por lo menos favorecido.

El culto a la nación, fomentado hasta convertirlo casi en una nueva idolatría, provocó en aquellos seis años terribles una inmensa catástrofe, escribió Juan Pablo II.

Por ello, añadía, no es casual que algunos iluminados estadistas de Europa occidental quisieran crear un vínculo comunitario entre sus respectivos países, y sostener que los intereses de una nación sólo podían ser alcanzados de forma conveniente en el contexto de la interdependencia solidaria con los otros pueblos.

Esta misma idea la ha reiterado, en el mensaje de saludo, en vísperas de su viaje.

Al referirse a la Puerta de Brandeburgo, símbolo de la reconquistada unidad europea, el Papa ha expresado su sólida esperanza de que a esta unidad seguirán también pasos concretos de corresponsabilidad solidaria, los cuales, como es opinión común, permanecerán válidos para el futuro sólo si se emprenden desde la conciencia de un fundamento vinculante de los valores espirituales.

Sin convicciones comunes y vinculantes, basadas en la conciencia del hecho de que la vida humana es un don y que tiene su indispensable origen y su único fin en Dios —concluye el Papa en su saludo— este crecimiento conjunto no será posible.

## Una novicia se suicida en Roma por no ser admitida

Roma. Pedro Corral

Una joven de nacionalidad india, que estaba haciendo el noviciado en Roma, se arrojó ayer al vacío tras conocer el día anterior que había sido declarada no apta para la vida religiosa, después de tres años de prueba en la Casa Generalicia de las Hijas del Divino Cielo, situada en la Circunvalación Apia. La joven, de 30 años, debía tomar ayer mismo un avión para regresar a la India. Su ausencia de la capilla ayer por la mañana extrañó a sus compañeras, que al ir a buscarla a su habitación descubrieron su cuerpo en un patio interior del convento.

La novicia, según la reconstrucción de las propias monjas, se había arrojado desde la terraza del tercer piso. Sus compañeras relataron que la joven estaba serena después de que la superiora del convento le comunicara que no podía ingresar en la Congregación.

En un primer momento se quedó anonadada, pero después se tranquilizó diciendo a la madre superiora que deseaba dar ella misma la noticia a su familia, afirmaron.

A las Hijas del Divino Celo, instituto fundado en 1887, pertenecen 60 religiosas, repartidas por los cinco continentes y entregadas a la oración y a la caridad con los más necesitados.

## Palabra de vida

### NO TENGÁIS MIEDO

Vivimos en medio de entusiasmos locos e incertidumbres perturbadoras. Se propone como libertad lo que cada uno anhela, en la apertura a lo novedoso, a lo que salga, sea como sea.

Para muchos lo que importa es una vida libre de toda norma, de toda exigencia, de toda verdad. Hay profusión de técnicas de liberación, y a los jóvenes se les propone que cada uno invente y viva el mundo a su manera. Se nota la ausencia de toda jerarquía de valores, de criterios firmes, de un punto central sobre el que puede descansar la vida, de un fundamento sólido el que construir.

Por supuesto, se critica fuertemente a la Iglesia, se dan toda clase de juicios negativos sobre el Papa, los obispos, los sacerdotes. El pilar de la sociedad que es la familia está fuertemente socavado. No se cree en la fidelidad. No se aceptan compromisos fuertes y duraderos.

Como el Profeta Jeremías, en la primera lectura que se hace este domingo, el justo, es decir, el cristiano de hoy, oye el cuchicheo de la gente y se siente pavor en torno suyo. No hay más remedio que acudir a Dios y, como un soldado solitario en medio del campo enemigo, erguirse con todo coraje y valentía y seguir con toda decisión, porque Dios está con nosotros. El enemigo principal, que era el pecado y con el pecado la muerte, que pasó a todos los hombres, ha sido vencido. Gracias a Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios se han derramado sobre todos, según nos dice San Pablo en su carta a los romanos.

Pero hay que luchar. ¡No tengáis miedo!. ¡Cuántas veces ya hemos oído este grito de combate al hombre más pacífico de la tierra, Juan Pablo II!. Desde el primer día de su Pontificado, en la homilía que pronunció en la plaza de San Pedro, ¡cuántas veces nos ha saludado con esta expresión!. Porque es un saludo, no un desafío. Un saludo para entablar una amistad, que nos permita seguir y vencer haciendo siempre el bien.

Dios mira el interior del corazón y el creyente humilde y confiado se deja guiar después por las manos de la generosidad divina. De manera que no se trata de dejarnos abatir ante las dificultades, incomprendiones y conflictos.

Dios no es un escudo, un pararrayos o un refugio. No. Dios está con nosotros dentro. Y la fe y la esperanza combaten y vencen. Lo que importa es que la lucha, y los conflictos y sufrimientos sean por el Evangelio, por causas justas que busquen siempre el bien de los necesitados, por los pobres, nunca por egoísmos personales, obstinaciones inconfesables, trampas, mentiras. La buena intención produce buenos sentimientos, y éstos a su vez producen paz, alegría, fraternidad, gozo.

Para nosotros nuestra luz, nuestro norte es Cristo, el nuevo Adán. Y con Él viene a nuestro interior la gracia, la luz, la fortaleza. Cada uno de nosotros ha de estar persuadido de que él es para Dios el centro del universo, aunque nos cueste creerlo.

Jesús nos ha revelado a un Dios que no se limita a crear, sino que nos pide creer y confiar.

Cardenal Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN  
Arzobispo Emérito de Toledo